GLORIA DEL LÍBANO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

DON JOAQUÍN DE FUENTES-BUSTILLO

LAS PALMAS

GRAN CANARIA

TIP. PEREGRINA 16

1900

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
BORRAS

N.º de la procedencia

GLORIA DEL LÍBANO

A Su Santidad el Sumo Pontífice

LEÓN XIII,

Sublime Poeta Latino,

Protector de las Bellas Letras,

su respetuosísimo y adicto

hijo espiritual,

El Autor.

GLORIA DEL LÍBANO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

DON JOAQUÍN DE FUENTES-BUSTILLO

LAS PALMAS

GRAN CANARIA

TIP. PEREGRINA 16

1900

PERSONAS

María de la Gloria (Gloria del Líbano).
Osmán.
Salvador.
Abel.
Zaide.
Fray Pablo.
Fídel.
Félix.
Veremundo.
Conrado.
Guerreros Maronitas.
Guerreros Drusos.

La acción pasa en el Monte Líbano, cerca del pueblo de Edén. Siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Sala de una casa de planta baja, amueblada modestamente. Varios taburetes y una mesa. Puerta al fondo. Otra á la izquierda del espectador. Otra y una ventana á la derecha. Campo montañoso y pintoresco, que ocupa las dos terceras partes del escenario.

ESCENA PRIMERA.

María, Salvador.

(Pausa.)

Salvador. Mucho tarda Abel.....Me inspira
Gran inquietud su tardanza.....
Salió al despuntar el sol,
Y éste ya al ocaso baja.

María. Tranquilízate; mi hermano

725346

Es fuerte, intrépido.....

SALVADOR. Malas
Son en el Líbano todo
Las presentes circunstancias.
Vivimos los maronitas
Hoy en incesante alarma.....
Fanáticos y feroces
Los drusos nos amenazan.
Exterminarnos desean.....
¡Hija querida del alma!
Es preciso que te alejes
De esta insegura comarca.

MARÍA. ¿Adónde quieres llevarme?

SALVADOR. A la ciudad más cercana.
Prepárate; marcharemos
Al rayar la luz del alba.

MARÍA. ¿Y en la ciudad, tú y Abel
Os quedaréis?

SALVADOR. Deseara
Hallarme á tu lado siempre;
Pero me debo á la patria.
En un convento de monjas
Tendrás segura morada
Según mi plan; volveremos
Tu hermano y yo á la montaña.
Abel es joven, valiente;
Y yo á pesar de mis canas
Aun tengo el brazo robusto
Para manejar un arma.

MARÍA. ¡Oh! te ruego que renuncies

Al viaje de que me hablas.....
A tu lado está mi sitio.....

SALVADOR. Si la guerra se declara.....

MARÍA. Si drusos y maronitas
A la guerra al fin se lanzan,
Yo asistiré á los heridos.....
Miedo el riesgo no me causa.
He bordado una bandera,
Y ambiciono tremolarla
Con mi padre y con mi hermano
En el campo de batalla.

SALVADOR. Mas si nos fuera la suerte
En los combates aciaga.....
En ese caso aflictivo
Tu porvenir me acobarda.
Si tu hermano y yo muriéramos...

MARÍA. Fuera inmensa mi desgracia;
Y tanto como la vida
Aquélla en mi sér durara.
¿Mas fuera menor mi pena
Por hallarme separada
De tí y de Abel?

SALVADOR. Si cayeses
Prisionera...¡Oh Dios!...Tu fama,
Tu honor, tu vida en peligro.....
Acaso de un druso esclava.....
Tú, María de la Gloria,
Paloma sin hiel, flor casta,
Sierva, tú, de un hombre bárbaro,
De una fiera mahometana.....

MARÍA. Hasta en ese triste caso
Me conservaré sin mancha.
Me dan fortaleza insólita
El patrio amor, la fe santa.
No en balde Gloria del Líbano
Los maronistas me llaman.
Por salvar mi honor, leona
Seré indomable.

SALVADOR. Bien hayas
Mil y mil veces, María,
Por esas nobles palabras.
Dios te bendiga, consuelo
De mi ancianidad.

MARÍA. Infausta
Puede mi existencia ser.....
Siempre será inmaculada.
¿Me prometes no llevarme
A la ciudad?

SALVADOR. Que mañana
No partiremos, tan sólo
Te prometo.

MARÍA. ¿Y luego?

SALVADOR. En calma
Lo pensaré.

MARÍA. Si viviera
Mi madre, tu esposa amada,
Que fué perfecto modelo
De nobleza y virtud altas,
¿Se apartaría de tí
Porque la guerra turbara

Nuestros campos? No lo creo.
¡Mi madre! Debo imitarla.
¿Me dejarás á tu lado?

SALVADOR. Veremos. Pero me alarma
La ausencia de Abel.

MARÍA. No temas.....

SALVADOR. Le he dado importantes cartas
Para leales amigos
A quienes cito; y ya tarda
Demasiadamente.

(Salvador mira por la ventana. Abel, armado con una carabina, entra por la parte del campo y se dirige á la casa.)

¡Es él!

(Pausa.)

Respiro al fin.

(Entra Abel en la casa.)

ESCENA II.

MARÍA, SALVADOR, ABEL.

ABEL. ¡Padre! ¡Hermana!

SALVADOR. Abel, vienes agitado.
¿Qué tienes?

ABEL. Estoy herido.

SALVADOR. ¿Dónde?

ABEL. En el brazo.

MARÍA. ¿Qué ha sido?

ABEL. Una traición.

SALVADOR. ¡Hijo amado!

MARÍA. ¡Hermano del corazón!

SALVADOR. A ver, enséñame.....

ABEL. (Levantándose la manga izquierda y señalando al brazo.)

Aquí.

SALVADOR. Agua, un lienzo.....

MARÍA. Pronto, sí.

(Sale María.)

ABEL. No es nada.

SALVADOR. ¡Infame traición!

(Entra María con un jarro de agua y dos pañuelos. Lava la herida de Abel. Entre María y Salvador vendan á Abel el brazo.)

MARÍA. Gracias al cielo, la herida
No es de gravedad.

ABEL. No, á fe.
Mañana bueno estaré.
Mas he tenido la vida
Muy expuesta.

MARÍA. ¡Dios bendito!

SALVADOR. ¿Quién ha sido el agresor?

ABEL. Un musulmán sin honor.

SALVADOR. ¡Un druso!

ABEL. Un druso maldito.

SALVADOR. Cuéntanos.....

MARÍA. Sí.

ABEL. Faldeaba
Por nuestra montaña hermosa,
Que en vegetación rebosa;

Y sin recelo marchaba.
Era en una selva umbría,
Que riega un claro arroyuelo;
Allí siempre es verde el suelo,
Templada la luz del dia.
Fatigado de marchar
Me hallaba ya; la frescura
De aquella herbosa espesura
Convidaba á descansar.
Al pie de un cedro gigante,
Que altos árboles domina,
Coloqué la carabina,
Y me senté jadeante.
No sé por qué me asaltaron
Pensamientos de tristeza,
Que un volcán en mi cabeza
Rápidamente formaron.
Cuando de pronto, ruidoso
Un tiro sonar oí;
Y en este brazo sentí
Golpe fuerte y doloroso.
De un salto me levanté,
La carabina cogiendo;
Y á nadie allí descubriendo,
Hacia el sitio me arrojé
Donde la detonación
Pensé que sonado había.....
Yo de cólera rugía,
Furioso como uu león.
Ruido sordo percibí,

Cual de pisadas; marché;
Y el mismo ruido escuché
Siempre delante de mí.
Con firme y ligero paso
Seguí andando á la ventura;
Salí de la selva oscura
A sitio espacioso y raso;
Y á un druso ví, que montaba
En un caballo fogoso,
Y que al bruto generoso
Rienda suelta al punto daba.
¡Vuelve! le dije; mas él,
En vez de volver, huía;
¡Traidor! le grité; y corría
Aún más de prisa el corcel.
Le apunté; mas tropezando
En una piedra, perdí
El equilibrio, y caí.....
El corcel siguió volando.....
Y alzándome, al pie del monte,
Al caballo vi y al druso
Entre el celaje difuso
Perderse en el horizonte.

SALVADOR. Son aleves enemigos
Los que tenemos, Abel.

MARÍA. ¡Dios santo!

SALVADOR. Ampárenos él.

(A Abel).

¿Has visto á nuestros amigos?

ABEL. Los he visto y les he dado
Tus cartas; y sus respuestas,
Todas conformes, son éstas.

(Saca varias cartas que entrega á Salvador).

De ellas estoy enterado.
Aceptan tu invitación
Nuestros amigos; vendrán
Esta noche; aquí estarán
A las ocho.

SALVADOR. Activos son.
Voy á mi aposento á ver
Estas cartas.

(A Abel.)

Ven conmigo.
Preparémonos.

ABEL. Te sigo.

SALVADOR. (Aparte).

Mucha sangre va á correr.

ESCENA III.

MARÍA.

Virgen del cielo bendita,
En quien pongo mi confianza,
Haz descender la esperanza
Sobre el pueblo maronita.
La drusa nación se agita

Movida por el infierno.....
Arde en ella vivo, interno,
El fuego de la traición.....
¡Sé tú nuestra salvación,
Virgen Madre del Eterno!
A tí levanto mis ojos,
Oh Reina del cielo santo,
Desde este valle de llanto,
Implorándote de hinojos.

(Se arrodilla).

Tú, que puedes los abrojos
En azucenas trocar,
Tú, que refrenas el mar
En su cólera bravía,
Tú, que das la luz al día,
Mi voz dígnate escuchar.
Aleja, Madre clemente,
De este rincón de la tierra
La desoladora guerra,
Que se presenta inminente.
Mas, ¡ay! si Dios la consiente,
Y horfandad y estrago y duelo
Sólo aguardo ya en el suelo,
Dame tú, celeste lirio,
La corona del martirio,
Que abre las puertas del cielo.

(María se levanta y se retira por la puerta de la izquierda).

ESCENA IV.

OSMÁN, ZAIDE.

Entran por la parte del fondo del escenario que figura campo; y se acercan á la casa.
Durante esta escena cierra la noche.

OSMÁN. Esa es la casa. María
Vive en ella con su padre
Y con su hermano. ¡Hechicera
Es esa mujer! Ya sabes
Que me inspira amor vehemente...
La guerra va á declararse
En el Líbano. Muy pronto
Arroyos habrá de sangre
En esta comarca. Tú,
Mañana cuando el sol raye,
Vendrás con toda la gente
De tu guerrilla brillante
A este sitio; y de María
Tratarás de apoderarte.
Si en la casa no estuviese,
Búscala en cuantos parajes
Puedas ver, y si la encuentras,
Cuando en tu poder se halle,
Con la mayor prontitud
Llévala á nuestros reales,
Que al alba estarán situados
En el más cercano valle.
Dormiremos esta noche

En la ermita no distante
Donde vive sin familia
Un hospitalario fraile.
Tiene fama aquel lugar
Por la pureza del aire;
Y que allí nos alberguemos
Ninguno ha de figurarse.

ZAIDE. Como súbdito obediente
Haré siempre lo que mandes;
Mas tu amor á esa mujer
Me parece deplorable.
Acuérdate de Sansón
Y de Dalila..... Falaces
Son las mujeres, Osmán.....
De las maronitas guárdate.

OSMÁN. Nunca habrá mujer alguna
Que mi corazón ablande.....
Mi amor es el de las fieras.....
En él hay furia, coraje.
Esa cristiana en mi harén
Será joya en rico engaste;
Pero jamás en mis actos
Influencia tendrá nadie.
María será mi esclava,
Mi favorita.

ZAIDE. ¡Es tan fácil
A una favorita urdir
Celadas, engaños graves!
Pero, en fin, tu voluntad
Es mi ley.

OSMÁN. Aun cuando ame
A esa gentil maronita,
Y su belleza me encante,
Siempre en favor del Korán
Desenvainaré el alfanje.

ZAIDE. Dura, terrible ha de ser
Nuestra guerra.

OSMÁN. ¡A fuego y sangre!
Sin piedad. ¡Ay del vencido!

ZAIDE. Nada hay, Osmán, que me cause
Goce mayor que la muerte
Del enemigo.

OSMÁN. Enclavarle
Con el plomo ó el acero,
Y contemplarlo espirante,
Es mi placer más intenso
Mi felicidad más grande.

ZAIDE. Y enemigos llamo á todos
Los que no son musulmanes.

OSMÁN. Yo también.....No á las mujeres;
Sí á los hombres no secuaces
De Mahoma.

ZAIDE. Y dar la muerte
A infieles cristianos pláceme
En paz ó en guerra. Deploro,
Me duele, en verdad, bastante,
No haber quitado la vida
Al maronita que en balde
Quise matar en la selva,
Y á quien sólo herí. Matárale

Yo sin duda frente á frente
En el singular combate
A que me retó; mas fuerza
Me fué no aceptar el lance;
Que pude ser descubierto
Y comprometer tus planes;
Pues no lejos se veían
Caseríos habitables.

OSMÁN. Ahora, ya que venimos
A explorar estos lugares,
Tomemos las precauciones
Que convienen, por si alguien
Extraña nuestra presencia
En tal sitio: llama, Zaide,
A esa puerta; y di al que asome
Lo que te he explicado antes.

ESCENA V.

OSMÁN, ZAIDE, ABEL.

Zaide llama á la puerta de la casa. Abel entra por la puerta del fondo. Lleva una lámpara en la mano. Deja la lámpara en una mesa; y se asoma á la ventana.

ABEL. ¿Quién llama?
ZAIDE. Gente de paz.
ABEL. ¿Quiénes sois?
ZAIDE. Dos peregrinos.
ABEL. ¿Qué deseáis?

ZAIDE. De la Meca
Á la montaña venimos.
Regresamos á la patria.
ABEL. ¿Sois naturales del Líbano?
ZAIDE. Drusos. A Dalil-Camar
Nuestros pasos dirigimos;
En las sombras de la noche
Hemos el rumbo perdido;
Y continuar deseamos
Nuestra marcha.
ABEL. ¿No habéis visto
Al norte de esta alquería,
Cerca de aquí, al pie de un risco
Una cruz de piedra?
ZAIDE. Sí.
ABEL. Pues allí tiene principio
Una senda encaminada
Al campo druso.
ZAIDE. Partimos
En seguida. Gracias.
ABEL. Id
En paz.
OSMÁN. (Aparte á Zaide).
¿No le has conocido?
ZAIDE. Sí, por la voz. Es el hombre.
A quien hoy he dado un tiro
En la selva.
OSMÁN. Es el hermano
De María.
ZAIDE. ¡Infiel precito!

ESCENA VI.

ABEL, LUEGO SALVADOR.

ABEL. Sospechosos me parecen
Esos hombres.
(Se acerca á la puerta del fondo).
¡Padre!
SALVADOR. (Entrando). Hijo,
¿Qué deseas?
ABEL. A dos drusos,
Para mí desconocidos
Acabo de ver. Llamaron;
Me asomé; hablamos; me dijo
Uno de ellos que tornaban
Ambos al suelo nativo
Desde la Meca. Su aspecto
Me desagrada.
SALVADOR. En tal sitio
Y á estas horas, esos hombres.....
¡Cosa rara!
ABEL. Sorprendido
Me dejaron. El que habló,
Señas pidió del camino
De Dalil-Camar; las dí;
Y marcharon.
SALVADOR. Inaudito
Es el caso.
ABEL. Yo también
Lo juzgo así, padre mío.

SALVADOR. Debemos estar en guardia.
A espiarnos han venido
Tal vez esos hombres.

ABEL. ¿Quieres
Que prontamente dé aviso
A nuestra gente, y con ella
Busque á esos drusos?

SALVADOR. Vacilo.....
Mas no..... mejor me parece
Dejarlos..... Al enemigo
Que huye, la puente de plata.....
Y esperemos.

(Suena dentro un toque de clarin).

ABEL. ¿Has oido?

SALVADOR. Ese toque..... es la señal.....
Ya llegan nuestros amigos.

ESCENA VII.

SALVADOR, ABEL, FIDEL, VEREMUNDO, CONRADO, FÉLIX.

Fidel, Veremundo, Conrado y Félix entran por la parte del campo, y se dirigen á la casa. Salvador y Abel salen de ella y se quedan á la puerta.

FIDEL. Salud, Salvador, Abel.

SALVADOR. Sed bien venidos, entrad.

(Entran todos en la casa).

Sentaos y descansad.

ABEL. Dios os guarde.
VEREMUNDO. Habla, Fidel.
FIDEL. Fiados en el Señor
Y en nnestro derecho estamos.
Todos defender juramos
Patria, familia y honor.
Se hallan nuestros montañeses
Dispuestos á combatir;
Y nunca se han de abatir
Por los más duros reveses.
Arde en cólera la tierra;
Lid será que al mundo asombre;
No hay en la montaña un hombre
Que no esté ya en son de guerra.
Nos tratan de exterminar
Los drusos; rechazaremos
Su agresión; y lucharemos
Do quiera sin vacilar.
Es el caudillo contrario
Un fanático infiel,
Como la hiena, cruel;
Nunca en su fiereza vario.
Sér de pasiones malditas,
Hombre sangriento, iracundo,
Que profesa odio profundo
A todos los maronitas.
Bárbaro vil, cuyo afán
Es pasarnos á cuchillo.....
SALVADOR. Ese terrible caudillo
No puede ser sino Osmán.

FIDEL. El es. Su lugarteniente
Es Zaide, feroz muslime,
Que á los cristianos oprime,
Y que jamás piedad siente.
Con tan fieros enemigos
Que el fanatismo y la sed
De matanza alteran, ved
Cual será la guerra, amigos.
En esa lucha mortal,
En esa lid triste y ruda,
Necesitamos sin duda
Un experto general,
Un jefe de alto valor,
De gran prudencia dechado.
Para ese cargo elevado
Te elegimos, Salvador.
Al Gran Emir la propuesta
De tu nombramiento hicimos;
Su aprobación conseguimos;
(Saca un pliego y se lo entrega á Salvador. Este lo abre y lo lee para sí).
Solemnemente la presta.
Nuestro Príncipe cristiano,
Siempre á la nación devoto,
Confirma del pueblo el voto.
Di si aceptas, noble anciano.

SALVADOR. (Levantándose. Todos se levantan).
Acepto; y juro cumplir
Fielmente con mi deber.
Lidiemos hasta vencer,

Hasta vencer ó morir.
Fídel, serás mi segundo.
A tu hermana guardarás,
Abel. Me aconsejarás
Tú, discreto Veremundo.
Mil cazadores pondré
A tus órdenes, Conrado.
Y tú, poeta inspirado
Por la patria y por la fe,
Tú, Félix, ínclito vate,
Con belígeras canciones,
Los cristianos corazones
Arrastrarás al combate.

FÉLIX. ¡Feliz yo, si cual deseo,
La patria y la fe al cantar,
Logro en mi canto emular
Con el sublime Tirteo!
¡Ojalá mi inspiración
Móvil de entusiasmo sea,
Y avalore en la pelea
A nuestra amada nación!

FIDEL. (A Salvador).
Tenemos gente escogida
Cerca de aquí.

SALVADOR. La veré
Con gusto.

CONRADO. La llamaré.
(Da dos toques de clarín.)

FÉLIX. (A Salvador.)
¿Y la doncella garrida,

Honor de tu casa?

SALVADOR. Ahora
Saldrá.

(Se acerca á la puerta de la izquierda).

Ven, hija.

MARÍA. (Entrando).
Aquí estoy.

SALVADOR. (A María).
General en jefe soy.

FÉLIX. (A Conrado, designando á María.)
Es mujer encantadora.

ESCENA VIII.

DICHOS, GUERREROS MARONITAS.

(Estos últimos entran por la parte del escenario que figura campo, y se colocan en diferentes grupos.)

FIDEL. (Mira por la ventana y se separa de ella, dirigiéndose á Salvador).
Nuestra gente nos espera.

SALVADOR. A verla al punto salgamos.
Todos venid.

FIDEL. Todos vamos
Contigo.

SALVADOR. (A María). Trae la bandera.

(María entra por la puerta de la izquierda y vuelve con la bandera. Esta tiene bordada la cifra de Cristo (XP) en letras griegas. Salvador, Abel, Fidel, Félix, Veremundo y Conrado salen

de la casa. María se incorpora á ellos. Los Guerreros Maronitas forman en orden de batalla. Se ve la luna en cuarto creciente.)

FIDEL. Ha nombrado el Gran Emir
Nuestro jefe á Salvador:
Otro caudillo mejor
No era posible elegir.

(Los Guerreros Maronitas hacen varios ademanes en señal de asentimiento.)

SALVADOR. Montañeses, defendamos
Con valor el patrio suelo;
Y en la justicia del cielo
Nuestra esperanza pongamos.
Balüarte cada peña,
Cada árbol nos dé en el monte...
Sin mancha en nuestro horizonte
Surja la cristiana enseña.

(María levanta la bandera).

Y el entusiasmo, que agita
Hoy nuestras almas leales,
Rinda palmas inmortales
En la tierra maronita.

FÉLIX. ¡Oh cristianos del Líbano excelso!
Que vivís entre cedros y flores,
Siempre sed de la cruz defensores;
Agrupaos del Lábaro en pos.
Si os atacan los pérfidos drusos,
¡Oh valientes! salid á campaña,
Encendidos en férvida saña,

Y lidiad en el nombre de Dios.
En el nombre de Dios sacrosanto
Lidia aquel que la patria defiende;
Un arcángel del cielo desciende,
Y avalora su pecho fiel.
Y le da por mandato divino
La victoria sublime y hermosa...
O del héroe la muerte, y su fosa
Abrillanta glorioso laurel.

ACTO SEGUNDO

Interior de una ermita. Puerta al fondo. A la izquierda del espectador un altar; y en éste un cuadro que representa la Dolorosa. Puerta á la derecha del espectador. Es de día. Al abrirse la puerta del fondo se ve el campo.

ESCENA PRIMERA.

OSMÁN. FRAY PABLO.

Al levantarse el telón entran por la puerta de la derecha Osmán y Fray Pablo.

OSMÁN. Buen ermitaño, agradezco
La franca hospitalidad
Que mi fiel amigo y yo
Te debemos á la par.
No quieres saber mi nombre
Ni el suyo. Tu voluntad

Es no recibir la dádiva
Que darte quise. !Ojalá
Te conviertas á mi ley!
Mereces ser musulmán.
Como un perfecto derviche
Ejerces la caridad.

FRAY PABLO. Es del cristianismo santo
Máxima fundamental,
Sin diferencia de razas,
Al prójimo siempre amar.
Hijos de Dios somos todos;
Debemos vivir en paz,
Y auxiliarnos mutuamente
Con afecto fraternal.

OSMÁN. ¿Y de qué vives?

FRAY PABLO. Un huerto
Cultivo; verduras da,
Que bastan á sustentarme.

OSMÁN. Eres un hombre ejemplar.
Partiré de aquí muy pronto;
Y es posible que jamás
En toda nuestra existencia
Nos volvamos á encontrar.
Pero, ¿quién sabe? Tan sólo,
Como asevera el Corán,
No se encuentran las montañas.
Si aquí ó en otro lugar
Nos reunimos nuevamente,
Con placer he de estrechar
Tu mano.

FRAY PABLO. Verte otra vez
Mucho gusto me dará.
¿Desconoces el sendero
Que conduce á la ciudad,
Adonde, según me has dicho,
Te diriges?

OSMÁN. Fuí zagal
En mi juventud primera;
Y mi ganado á pastar
Llevaba en el Monte Líbano
Por todas partes. Igual
Fué el oficio de mi amigo
En su juvenil edad.
Conocemos ambos bien
Este país. Si el umbral
De esa puerta atravesamos
Anoche, fué que de andar
Nos hallábamos rendidos.

FRAY PABLO. Hora avanzada era ya
Cuando llegásteis.

OSMÁN. Mi amigo
Tiene prisa, mucha más
Que yo en terminar su viaje,
Y á sitio distinto va.
Por eso no me ha esperado,
Y marchó solo al rayar
El alba. Me voy.

(Se abre la puerta y entra Zaide).

ESCENA II.

OSMÁN. FRAY PABLO. ZAIDE.

OSMÁN. ¡Qué asombro!
ZAIDE. Ocurre gran novedad.
El Monte Líbano todo
Alzado en armas está.
Acampan los maronitas
En un próximo erial.
He venido á darte aviso,
Corriendo, sin respirar;
Pues me impone tal deber
Nuestra sincera amistad.
OSMÁN. Gracias, amigo.
FRAY PABLO. ¿Y acaso
Cercana á este sitio hay
Gente de guerra?
ZAIDE. Muy cerca
A nadie he visto.
FRAY PABLO. Quizás
Se encuentre alguna emboscada,
No lejos de aquí; pues tal
Es de estos alrededores
La vegetación, que andar
Se puede á corta distancia
De gente oculta, y señal
No tener de su existencia.
OSMÁN. De mucha fragosidad
Es el contorno.

FRAY PABLO. Lo voy
Rápidamente á explorar;
Y si no hay nadie, podréis
Seguir vuestra marcha en paz.

ESCENA III.

OSMÁN. ZAIDE.

OSMÁN. ¿Has dado el golpe?
ZAIDE. Falló.
La casa encontré vacía.
OSMÁN. ¿Sabes donde está María?
ZAIDE. Con su familia salió
Antes de romper la aurora.
Iban con la fuerza armada
Cerca de allí congregada
Anoche en temprana hora.
OSMÁN. ¿Y no has logrado saber
Adonde van?
ZAIDE. Hacia Oriente
Esa belicosa gente
Marchaba al amanecer.
Van mis espías siguiendo
A la tal tropa cristiana,
Que no ha de hallarse lejana
De este sitio.
OSMÁN. Así lo entiendo.
Tú quedas con el encargo
De robar á la doncella.

ZAIDE. Seguir do quiera su huella
Tomo con gusto á mi cargo.
Y á la primera ocasión
Que se me presente, á fe,
Osmán, que la robaré.

OSMÁN. Confío en tu previsión.

ZAIDE. En estos alrededores
Es fácil estar oculto;
Obtiene aquí grande culto
La Virgen de los Dolores,
Según el pueblo cristiano
(Señalando al cuadro del altar).
A esa imagen llama; y fuera,
Si aquí tu amada viniera,
Seguro un golpe de mano.
Tiene además la montaña
Muchos sitios como éste,
De vegetación agreste,
En que la vista se engaña,
No conociéndolos bien;
Y me son esos lugares
En extremo familiares,
Por escondidos que estén.
¡Oh! como á encontrarse llegue
Ya sola, ya acompañada
Por gente poca tu amada,
Aun cuando su escolta bregue,
Esa doncella caerá
En mi poder sin remedio.....
Y ansío quitar de en medio

A su hermano.

OSMÁN. Morirá.
Mas por de pronto su vida
Respeta; si Abel muriera
Más dificilmente fuera
Mi pasión correspondida.
Y tengo empeño en ganar
El alma de esa mujer.
Pero á su hermano aprehender
Conviene.

ZAIDE. Lo he de intentar.

OSMÁN. Si lo consigues, te ordeno
Que me lo presentes vivo.

ZAIDE. Resistirá, que es altivo.

OSMÁN. Es mi orden estricta.

ZAIDE. Bueno.
Aunque más difícil juzgo
Mi odio hacia Abel refrenar
Que á la doncella robar;
Pero tu plan no prejuzgo.

OSMÁN. Saldremos juntos de aquí;
Y en cuanto á vista no estemos
De esta ermita, marcharemos
Separadamente.

ZAIDE. Sí.

OSMAN. A nuestro real iré.
De aquí el trayecto no es largo.
Cumple fielmente mi encargo.

ZAIDE. Descuida: lo cumpliré.
Mas dime, si por ventura

Esa joven maronita
En esta apartada ermita,
Hallar asilo procura,
Y el ermitaño apacible,
Nuestro fiel huesped, la ampara,
¿Qué debo hacer?

OSMÁN. Cosa clara:
Deseo, siendo posible,
A él resguardarle de daño,
Y á la doncella robar.....
Y si es forzoso matar.....
Mata, Zaide, al ermitaño.
Un cristiano más que muera
No me ha de quitar el sueño:
Lo que me importa es ser dueño
De la virgen hechicera.

ESCENA IV.

OSMÁN. ZAIDE. FRAY PABLO.

FRAY PABLO. He visto tropa cristiana
Por la parte de Occidente.

OSMÁN. Es camino diferente
El nuestro; y nadie nos gana
En rapidez para andar.
Nos vamos.
(A Fray Pablo).
Gracias por todo.
(Zaide hace demostración de adherirse á las palabras de Osmán).

FRAY PABLO. Hagan los cielos de modo
Que os logréis ambos salvar.

ESCENA V

FRAY PABLO.

Sentiré que les suceda
Un percance. Tal vez son
Dos malvados. En sus rostros
Hay dureza. Pero estoy
Obligado á recibir
A quien llegue á la mansión
En que habito, y me demande
Hospitalidad.
(Levantando las manos y la mirada).
Gran Dios,
Tú á quien debo la existencia,
Tú que me has dado el amor
Al género humano, siempre
Conserva en mi corazón,
Te lo ruego, el sentimiento,
Elevado y bienhechor,
De la caridad cristiana,
Que es un eco de tu voz.

ESCENA VI

FRAY PABLO. ABEL.

ABEL. El cielo te guarde.

FRAY PABLO. Abel,
Sé bien venido.
ABEL. Estalló
Ya la guerra.
FRAY PABLO. ¡Qué desgracia!
ABEL. Con el matutino albor
Ha sonado el primer tiro.
Nos amaga la invasión
Del enemigo; éste anoche
Cerca de Edén acampó.
FRAY PABLO. ¿Y quién manda nuestro ejército?
ABEL. Mi padre.
FRAY PABLO. ¡El buen Salvador!
Símbolo su nombre sea
Feliz para la nación.
¿Y cómo en tales momentos
Tú aquí solo?
ABEL. Solo no.
Me acompaña fuerte escolta,
Que he dejado alrededor
De esta ermita. Que María
En ella se albergue hoy,
Ha decidido mi padre,
Y que la acompañe yo.
Fué su proyecto primero
Alejar de esta región
A mi hermana; mas no pudo
Realizar su plan; faltó
Para ello el tiempo. Ya ocupa
Nuestro enemigo traidor

Una gran parte del Líbano;
Y en cualquiera dirección
Es fácil dar con los drusos.
Este sitio es el mejor
Para ocultarse y estar
A la defensiva.

FRAY PABLO. ¡Oh!
¡Qué dulce es la paz!¡Qué horrible
La guerra!

ABEL. Cuando el honor
Y el suelo patrio defiende
Al par que la religión
Un pueblo, santa es la guerra.

FRAY PABLO. Santa; siempre lo entendió
Así la Iglesia; mas triste
Es que la ley del Señor
No sigan todos los hombres.....
Si la siguieran..... el sol
Sus rayos derramaría
En tierra de promisión.

ABEL. Mi padre y mi hermana aquí
Pronto estarán. Me ordenó
El primero adelantarme
Para regresar veloz
En el caso de encontrar
Al enemigo.

FRAY PABLO. Dispón
De este recinto. En el templo
Acoge siempre el Criador
A quien su auxilio demanda.

ABEL. Gracias rendidas te doy.

ESCENA VII.

ABEL. FRAY PABLO. SALVADOR. MARÍA.
GUERREROS MARONITAS.

María viene envuelta en un manto obscuro.

SALVADOR. Salud.
FRAY PABLO. Entrad.
SALVADOR. Prosternémonos
Ante ese altar sacrosanto.

(Todos se arrodillan, excepto Fray Pablo. Este se coloca delante del altar)

FRAY PABLO. Dios clemente, que en la gloria
A los bienaventurados
Te manifiestas, y riges
Con omnipotente mano
El infinito universo,
Tu protección imploramos.
Y tú, inmaculada Virgen,
A quien nadie ruega en vano,
Intercede por nosotros
Con el Altísimo: ampáranos.

(Salvador, Abel, María y los Guerreros Maronitas se levantan.)

SALVADOR. (A Fray Pablo).
Ya sabrás á que venimos.
FRAY PABLO. Me lo ha dicho Abel.
SALVADOR. Fray Pablo,
Este lugar me parece
De fácil defensa. Estamos

Al combate apercibiéndonos.
Antes que sus áureos rayos
Esconda el sol, es posible
Que se haya la lid trabado.
(Dirigiéndose á María).
Aquí te dejo, María;
Contigo queda tu hermano;
Y con vosotros la escolta.
Con dolor de tí me aparto;
Mas juzgo que es mi deber
Tenerte en sitio lejano
Del ejército enemigo.

MARÍA. (A Salvador).
Tu voluntad siempre acato;
Mas separarme de tí
Me aflije en verdad.

ABEL. (A Salvador). Mi labio
No acierta á expresar la pena
Con que de tí me separo.

SALVADOR. Hijos queridos, venid,
Venid los dos á mis brazos.
Esperemos que el Excelso
Nos concederá su amparo;
Y en nuestro hogar otra vez
Nos reuniremos, gozando
De santa paz.
(A Fray Pablo.)
Necesito
A un sacerdote en mi campo.

FRAY PABLO. (A Salvador.)
Me hallo dispuesto á seguirte.

SALVADOR. (A Abel y á María.)
A Dios, hijos.

MARÍA. ¡Padre amado!

ABEL. (A Salvador.)
Sólo por cumplir tus órdenes
Me quedo.

SALVADOR. (A Fray Pablo.)
Marchemos.

FRAY PABLO. Vamos.

ESCENA VIII.

MARÍA. ABEL.

Queda abierta la puerta del fondo. María se coloca en el umbral; y Abel cerca de ella.

MARÍA. (Mirando hacia el campo.)
A nuestro buen padre guíe
La Divina Providencia.

ABEL. Inexcusable obediencia
Hace que de él me desvíe.

MARÍA. Un recodo ya le oculta.
(María y Abel se separan de la puerta)
¿Será de gran duración
Esta guerra?

ABEL. La traición
No puede quedar inulta.

Reinaba la paz hermosa
En nuestra tierra florida,
Do semejaba la vida
Cuento de color de rosa.
La madre naturaleza
Nos convidaba á gozar
De una atmósfera sin par
En campos de gran belleza.
Y la palabra de Dios,
Que en el templo resonaba,
Al maronita guiaba,
Del santo Evangelio en pos.
Era un nuevo paraiso,
Trasunto feliz del cielo,
Este magnífico suelo
Que Dios concedernos quiso.
Mientras tanto el pueblo druso,
Que envidiaba nuestra dicha,
Cambiarla en cruel desdicha,
Para siempre, se propuso.
Y esos fieros musulmanes
Este suelo bendecido
Hoy al fin han invadido
Con los más siniestros planes.
Sin respetar la virtud
De los inocentes seres,
Preparan á las mujeres
Deshonra y esclavitud.
Y de los hombres decretan
El exterminio total.

Nunca viose infamia igual.....
Los drusos al cielo retan.
Tal guerra debe de ser.....
Larga, muy larga, María;
Mas Dios, que á los buenos guía,
Por fin, nos hará vencer.

MARÍA. Si, como pido al Señor,
En nuestro suelo feraz,
Vuelve á florecer la paz,
Que es sin duda el bien mayor,
¡Cuán venturoso de nuevo
Ha de ser nuestro vivir!
Pensando en tal porvenir,
Querido Abel, me conmuevo.
Objetos de mi ternura
Sois tú y nuestro padre amado;
Encontrarme á vuestro lado
Me causa inmensa ventura.
En la modesta alquería,
Donde he nacido, habitar;
Salir del lecho al brillar
La primera luz del día;
Cultivar las bellas flores
Del pintoresco jardín
Do la rosa y el jazmín
Mezclan sus gratos olores;
En obras de caridad
Ocuparme diariamente;
A Dios elevar la mente,
Bendiciendo su bondad;

Y á la santa religión
Entregarme sin temer
Que alguien se atreva á romper
Los ecos de mi oración:
Esa es la vida á que aspiro,
La que hasta ayer he llevado.....
Mas, ay! si funesto el hado
Da á mi existencia otro giro,
Si en esta guerra cruel
Que hoy en el Líbano estalla,
Da fin nuestro padre.....

ABEL. ¡Calla!

MARÍA. O tú pereces, Abel.....
Entonces siempre será
Amarga y triste mi vida.

ABEL. El cielo, hermana querida,
Su protección nos dará.

MARÍA. Lo espero así, me sostiene
Esa placible esperanza;
La negra desconfianza
Sitio en mi pecho no tiene.
¿Será la gracia divina
Lo que me infunde ese aliento?
Tal vez. ¿Quién sabe? Yo siento
Que el Hacedor me ilumina.
Y si en algunos instantes,
Por mi femenil flaqueza,
Me asalta cruda tristeza,
Pronto, cual rayos brillantes,
Imágenes de ventura

Me ofrece la fantasía:
Cuadros de paz y alegría
Do el misticismo fulgura.
Aunque al borde de un abismo
Súbitamente me viera,
Mi fe y valor sostuviera
El celestial misticismo.

ESCENA IX

María. Abel. Guerreros Maronitas.
Zaide. Guerreros Drusos.

Entran precipitadamente los Guerreros Maronitas.

Un Guerrero Maronita. ¡Los drusos!

(Entran Zaide y los Guerreros Drusos: éstos en mayor número que los Maronitas.)

Abel. ¡Terrible suerte!

Zaide. (A los Guerreros Drusos, señalando á María.)
A ella, robadla.

Abel. ¡Traidores!

(María se acoge al altar.)

María. (Mirando á la Dolorosa, y levantando las manos hacia la imagen.)
¡Oh Madre de los Dolores!

Zaide. (A los Guerreros Drusos: señalando á Abel.)

Asidle. No le déis muerte.

(Riñen Abel y los Guerreros Maronitas con los Guerreros Drusos. Zaide, con el alfange en la mano, queda en expectación. Caen algunos Guerreros Maronitas. Varios Guerreros Drusos rodean y desarman á Abel. Dos Guerreros Drusos asen á María y se la llevan, resistiéndose ésta. Zalde sale con ellos.)

ACTO TERCERO

Tienda de campaña, que ocupa la mitad del escenario desde los bastidores de la izquierda del espectador, y cuya entrada, que da al centro de aquél, tiene una cortina recogida. Hay en la tienda varios taburetes y cojines, una mesa y sobre ésta una lámpara encendida. Paisaje parecido al del primer acto. Es de noche. Se ve la luna en cuarto creciente.

ESCENA PRIMERA.

OSMÁN. GUERREROS DRUSOS.

OSMÁN. ¡Hijos de Hakem, estaba escrito!Nuestro
En la primera acción ha sido el triunfo.....
Huyen los maronitas derrotados.....
Nunca más gloria el islamismo tuvo.
Van cual ciervos, corriendo por el monte,

En demanda afanosa de refugio,
Esos cristianos que posible y fácil
Rendir juzgaron el esfuerzo druso.
No es ilusión: yo he visto en el espacio
La fiera sombra del Profeta augusto,
Que el sublime Corán, el libro eterno,
Desde el cielo de Arabia trajo al mundo.
¡La sombra del Profeta! Fulguraba
El alfanje en su mano; rayos puros
De luz deslumbradora le envolvían;
Embrazaba acerado y terso escudo.
Osmán, dijo, recuerda á los creyentes,
Hoy en campaña bajo el mando tuyo,
La inmensa dicha que la guerra santa
Otorga en premio del combate rudo.
El fiel que muere por la fe luchando,
En el celeste Edén revive al punto;
Y allí de encantos inefables goza,
Que en ese globo concebir no pudo.
A vuestro lado on la mortal pelea
Estaré; y entre el polvo y fuego y humo
El ángel de la muerte irá conmigo,
En raudo vuelo hendiendo el aire turbio.
Ya lo sabeis, guerreros; del Profeta,
Así al hablaros, el decreto cumplo,
Según mi juicio; descansad ahora,
Mientras vigilia diligente asumo.

ESCENA II.

OSMÁN en la tienda. VEREMUNDO y CONRADO en el campo.

Osmán se sienta á la mesa y desarrolla un plano. Veremundo y Conrado miran cuidadosamente á su alrededor; y luego se acercan uno á otro, y hablan.

VEREMUNDO. Estamos solos, Conrado.....
Nuestra existencia peligra
A cada momento.

CONRADO. Dudo
De que nos salvemos.

VEREMUNDO. Mira:
(Señalando con una mano hacia los bastidores más próximos.)
Son muchos los centinelas
Cerca de aquí.

CONRADO. Bien vigilan
En custodia de sus puestos.

VEREMUNDO. Es sumamente atrevida
La empresa que ejecutamos.

CONRADO. La necesidad obliga
A las cosas más difíciles.

VEREMUNDO. Idea fué peregrina
La que tuvimos al vernos,
Con la batalla perdida,
Fugitivos, solitarios.....

CONRADO. Junto á nosotros yacían
Dos cadáveres de drusos.
Con diligencia expedita
Nuestros vestidos cambiamos
Por los suyos. Decisiva
Fué la acción. Nos alcanzó

Pronto la fuerza enemiga;
Nos agregamos á ella;
Y aquí estamos.

VEREMUNDO. La salida
De este campamento acaso
Consigamos..... Y si lista
La gente está que aguardábamos
Y no entró en fuego..... Me anima
La esperanza de que entonces
Una sorpresa emprendida
Por nuestra parte el desquite
De la derrota sería.

CONRADO. Tratemos, pues, de fugarnos.

VEREMUNDO. Ven, marchemos.

ESCENA III.

OSMÁN.

Mis medidas
Bien tomadas tengo ya;
Su ejecución será activa.
(Pausa. Se levanta.)
No ha vuelto Zaide; no halló
Esta mañana á María;
Mas continúa buscándola,
Y la encontrará, ¡por vida!
El tiene medido á palmos
Este suelo maronita;
Y es un sabueso leal,
Que sabe seguir la pista.

¡María! Gloria del Líbano
Los cristianos la apellidan.....
Es hermosura admirable.....
Debe de ser muy altiva.
Pero posible no creo
Que su altivez no se rinda
Al prestigio sin igual
Que en el vencedor fascina.
¿Puede ambicionar más honra,
Mujer de raza vencida,
Que ser de su noble dueño
La amada, la favorita?
Dádivas quebrantan peñas;
Yo le daré galas ricas;
Y el corazón de león

(Llevándose la mano al pecho.)

Que por ella aquí palpita.
Pero si no corresponde
A la pasión que me inspira,
No me arrastraré á sus plantas.....
La haré mi esclava sumisa.
Si la cristiana creencia
A la mujer dignifica,
Al hombre haciéndola igual
En sociedad y familia,
No le da valor tan alto,
En mucho menos la estima
La ley de Hakem y Mahoma,
Hoy predominante en Siria.

ESCENA IV.

OSMÁN. ZAIDE.

ZAIDE. He cumplido con tu encargo.
Hallé por fin á María.
Su hermano la acompañaba
Con una escolta en la ermita
Do pernoctamos. Conmigo
Llevaba yo mi guerrilla.
Cautivos ambos hermanos
Quedaron tras breve lidia;
Y custodiados en forma
A este lugar se aproximan.
Adelantéme por darte
Prontamente la noticia;
Al par que la enhorabuena.....
La tal doncella es divina.
Yo por mi gusto matara
A Abel; mas tu orden estricta
Fué que en caso de apresarle
Se le trajera con vida.....
Pero confío en que al fin
Le mataremos.

OSMÁN. ¡Oh dicha!
¡Va á llegar esa mujer!
¡Ya puedo decir que es mía!
Altamente satisfecho
Estoy de tí. Bien me auxilias.
En cuanto á Abel, morirá

Más tarde. Tráelos.

ZAIDE. De prisa
Voy por ellos..... Mas recuerda
Lo de Sansón y Dalila.

ESCENA V.

OSMÁN.

La media luna triunfante
Brilla en la tierra y el cielo;
Al belicoso desvelo
Dar tregua puedo al instante.
Como posa el caminante
En el oasis florido,
Como el águila en el nido,
Descansaré en dulce calma
Junto á esa mujer que el alma
Del vencedor ha vencido.
¿Vencido? No cual Sansón
Por su falsa amada fué;
Sí atraido, cual se ve
Por la leona el león.
Nunca está de la pasión
Sojuzgado el pecho mío;
Siempre libre mi albedrío
El obstáculo avasalla.....
Así rompe toda valla,
En desbordamiento, el río.
El poder aquí de un rey

Me concede la fortuna;
Y sin restricción alguna
Mi voluntad es la ley.
Emir de la drusa grey
Y del Líbano señor,
Do quiera dominador
Soy y seré mientras viva.....
Una mísera cautiva
No ha de negarme su amor.

ESCENA VI.

OSMÁN. MARÍA. ABEL. ZAIDE.
GUERREROS DRUSOS.

(María lleva el mismo manto que en el acto segundo.)

OSMÁN. (A María y á Abel.)
Acercaos.

ZAIDE. (A María y á Abel, designando á Osmán.)
El Emir.

OSMÁN. (A María.)
No temas.

MARÍA. ¿Yo?..... Nada temo.
Confío en el Sér Supremo.

OSMÁN. (A Abel.)
Y tú, si quieres vivir,
Será preciso que hagas
Lo que te mande.

ABEL. Lo haré
Si es justo.

OSMÁN. Valiente, á fe,
Eres pero mal me pagas.
Al hablar con altiveza,
Olvidas, joven cristiano,
Que á una señal de mi mano
Puede rodar tu cabeza.

ZAIDE. (Aparte á Osmán.)
Has prometido su muerte.

OSMÁN. (Aparte á Zaide.)
Conviene engañarle ahora.

ABEL. (A Osmán.)
¿Qué exiges?

OSMÁN. Antes de un hora
Aquí de nuevo has de verte.
Entonces te explicaré
Lo que deseo.
(A Zaide y los Guerreros.)
Marchad
Con él. A vista esperad,
Que muy pronto os llamaré.

ESCENA VII.

OSMÁN. MARÍA.

Durante esta escena dos de los Guerreros Drusos quedan entre bastidores, de modo que se los vea de tiempo en tiempo.

OSMÁN. Cristiana, depón el manto.
Verte bien sin él ansío.

MARÍA. (Aparte.)

¡Protéjeme, cielo santo!
(María se quita el manto, y lo deja caer en el suelo.)

OSMÁN. Un embeleso, un encanto
Hay en tu rostro.

MARÍA. (Aparte.)
¡Dios mío!

OSMÁN. Hace largo tiempo ya
Que te vi por vez primera;
Y te juro por Alá
Que tu imagen hechicera
(Llevándose la mano al pecho.)
Desde entonces aquí está.
Gloria del Líbano, yo,
Desde que te ví, te amé.

MARÍA. (Aparte.)
¿Quién en tal trance se halló?

OSMÁN. Y el momento al fin llegó
Que veces mil anhelé.
Este dichoso momento,
Logrado por mi ardimiento,
En que estás sola conmigo,
Y de mi tienda al abrigo
Puedo decir lo que siento.

MARÍA. La religión y la guerra
A nuestro enlace repugnan.

OSMÁN. Voluntad que bien se cierra
Prodigios hace en la tierra.....
No en balde los fuertes pugnan.
Si por mí sientes, María,
No ya amorosa pasión,

Tan siquiera simpatía,
La guerra y la religión
No han de impedirte ser mia.
Cuando los Árabes fueron
El primer pueblo de Oriente
Y la ancha España invadieron
En impetuoso torrente,
Y á los cristianos vencieron,
La viuda del Rey vencido,
La bellísima Egilona
Unióse en lazo florido
A Abdalasis; y al olvido
Dió la perdida corona.
Así por diversos modos
Pudo protectora ser
De los infelices godos,
Considerada por todos,
Aquella ilustre mujer.
Y si tú su ejemplo imitas,
Cual lo harás, si bien meditas,
Imitando yo al Valí,
Protejeremos así
A los siervos maronitas.

MARÍA. ¿Siervos?

OSMÁN. Rendidos están,
Y rendidos seguirán.....
Huyeron en el combate.....

MARÍA. Todo un pueblo no se abate
Por solo un revés, Osmán.
Mis bravos compatriotas

Volverán á la pelea.

OSMÁN. Sufrirán nuevas derrotas.

MARÍA. Son férvidos patriotas.
No hay quien lo futuro lea.

OSMÁN. Al fin y al cabo es lo cierto
Que te hallas en mi poder;
Que mientras vivas, te advierto,
Y mientras yo no haya muerto,
Subsistirá mi querer.
Escoge pronto, María;
O me concedes tu amor,
Y veré con alma pía
A tu pueblo, ó destructor
Suyo seré.

MARÍA. Te amaría.....
Y tuya fuera mi mano
Si el amor te redimiera;
Si en vez del muslim tirano
En tí, druso Emir, yo viera
Un fiel creyente, un cristiano;
Si de tu secta abjuraras;
Si la verdadera ley,
La ley de Cristo abrazaras;
Y si contigo llevaras
Al cristianismo tu grey.

OSMÁN. ¡Imposible condición!
Locura grande es pensar
Que mi guerrera nación
Y yo por algo cambiar
Podamos de religión.

Tanto valiera pedir
Que se trocara la luz
En sombra, en plomo el zafir.....

MARÍA. Obra milagros, Emir,
El Dios que murió en la cruz.

OSMÁN. No existe otro Dios que Alá.
Oye, en el pueblo de Edén,
Que cercano de aquí está,
Y que he sojuzgado ya,
Tengo un magnífico harén.
Allí lámparas de plata
Hacen de la noche día;
Allí la luz se dilata
En tapices de escarlata,
Ornados de pedrería;
Jilgueros y ruiseñores
Allí entonan sus gorjeos
Entre macetas de flores;
Y hechizos tan seductores
Dan voluptuosos deseos.
Dos alazanes dorados,
De árabe sangre animados,
Tengo; montémoslos; ven;
Y alegres y enamorados
Volemos al regio harén.

MARÍA. Inquebrantable barrera
Hay entre los dos; jamás,
Con tentación hechicera,
Ni con amenaza fiera,
Hacerme tuya podrás.

En la frágil envoltura
De mi débil cuerpo existe
Un alma intrépida y pura,
Que acepta la desventura
Si en ella el deber consiste.
Solamente al pie del ara
Mano y corazón daré;
Por siempre el sol se apagara
Antes de que yo faltara
A mi religiosa fe.

OSMÁN. Ya mi paciencia se agota.....
¡Por vida! si el ruego blando
En tu voluntad se embota,
La mía cayera en nota
Su fortaleza abdicando.
Una prueba decisiva
Voy á hacer.

MARÍA. Vana será.
Mi resistencia deriva
Del cielo.

OSMÁN. Mujer altiva,
Mi poder te rendirá.

(Osmán se acerca á la entrada de la tienda y llama.)

¡Zaide!

ESCENA VIII.

María, Osmán, Zaide. Después Abel y Guerreros Drusos.

Zaide. ¿Qué mandas?

Osmán. Que venga
El cautivo con la tropa
Que le guarda.

(Zaide hace una seña con la mano, volviéndose hacia el sitio por donde entró. Abel y la guardia entran por el mismo sitio y penetran en la tienda.)

Osmán. (A María.)
Breve tiempo
Voy á dejaros ahora
Solos á tí y á tu hermano.
(A Abel.)
Abel, pasión ardorosa
Me inspira tu hermana. Esquiva
Ella mi amor. Protectora
Puede ser de vuestro pueblo,
Y librarte de la horca.
(A María.)
Piénsalo.
(A Zaide, señalando á los Guerreros.)
Quede esa guardia
Fuera de la tienda; y pronta
Para venir. Acompáñame.
Iremos juntos de ronda.
(A María.)

Cristiana arisca, á mi vuelta
Será forzoso que escojas
Entre el harén para tí
O para Abel muerte próxima.

(A Zaide.)

Marchemos.

(Al mismo, aparte.)

Por si conviene
A mi plan rígido, apronta
Una cadena de hierro
Y una mordaza de estopa.

(Más alto para que le oigan María y Abel.)

Y á fin de que ambos cautivos
Puedan cualquier ceremonia
Practicar del cristianismo,
Según costumbre de Roma,
Como tal vez lo deseen,
Sin inspección enfadosa,
Cuida de que esa cortina

(Señalando á la de la entrada de la tienda.)

Cuando salgamos se corra.

(A una señal de Zaide uno de los Guerreros Drusos corre la cortina.)

ESCENA IX.

MARÍA. ABEL.

(Durante esta escena se oculta la luna.)

ABEL. ¡Ánimo, hermana!
MARÍA. Lo tengo.
ABEL. Entre la vida y la honra
No vacilemos.
MARÍA Jamás.
ABEL. Es aquella transitoria;
Y eterna como el espíritu
Puede ésta ser.
MARÍA. Me acongoja
El peligro en que te veo.
ABEL. Traigamos á la memoria
El ejemplo de Daniel
En la cueva temerosa
De los leones..... Un ángel
Cerró las tremendas bocas
De las fieras; y al Profeta
Salvó.
MARÍA. Mi esperanza toda
Cifro en Dios.
ABEL. ¿Quién sabe? Acaso
Nuestro padre marche ahora
Con nuevas y grandes fuerzas
Hacia este sitio, y las sombras
De la uoche aprovechando,
Sobre esta gente alevosa

Caiga inesperadamente,
Y nos salve.

MARÍA. ¡Dios te oiga!

(Pausa.)

¡Si pudiéramos huir!

ABEL. *(Se asoma á la entrada de la tienda, y mira hacia los bastidores.)*

Es imposible. Allí forma
La guardia que nos vigila

MARÍA. Esta situación es hórrida.
Querido Abel, si tenemos
Ya contadas nuestras horas,
Despidámonos del mundo,
Con la imagen cariñosa
De nuestro padre en el alma;
Demandemos fuerza heróica
A los ángeles benditos
Que en la tierra nos custodian;
Y elevando el pensamiento
A la azul, celeste bóveda,
Donde los astros brillantes
Narran del Señor la gloria,
Pidamos su protección
A aquella mística rosa,
Virgen Madre de Jesús,
Que el fúlgido sol corona,
Que de la serpiente impura
Huella la cabeza tosca,
Y sostiene al moribundo
Que su dulce nombre invoca.

ABEL. El principio de otra vida,
Perenal y venturosa,
Es la muerte para el hombre
A quien Dios la gracia otorga.
Mas defender la existencia
Nos manda el Señor.

MARÍA. Es próvida
Su voluntad. Acatémosla.

ABEL. (Acercándose á la entrada de la tienda, levantando la cortina y mirando hacia los bastidores.)
Ya el bárbaro Osmán retorna.
(Deja caer la cortina.)
El supremo instante llega.

MARÍA. ¡Cielo santo!

ABEL. Él nos acorra.

ESCENA X.

MARÍA, ABEL, OSMÁN, ZAIDE, GUERREROS DRUSOS.

OSMÁN. (A María.)
¿Qué decides?

MARÍA. Resistir.
No he vacilado un momento.

OSMÁN. La ira exaltada que siento,
No alcanzo ya á reprimir.
(A Zaide y á los Guerreros, señalando á Abel.)
Llevadle de aquí; en espera
De mis órdenes quedad.
Sus brazos encadenad.

(Los Guerreros Drusos encadenan los brazos á Abel.)

MARÍA. ¡Osmán!

ABEL. (A Osmán.)
Eres una fiera.

OSMÁN. (A Zaide y á los Guerreros, señalando á A Abel.)
Amordazadle.
(Los Guerreros amordazan á Abel.)

MARÍA. ¡Qué horror!

OSMÁN. (A Zaide y á los Guerreros.)
Marchad inmediatamente.
(Zaide y los Guerreros Drusos se llevan á Abel.)

ESCENA XI.

MARÍA, OSMÁN.

OSMÁN. Tú y yo ahora.

MARÍA. ¡Dios clemente,
Sostén, sostén mi valor!

OSMÁN. Si antes contigo fuí blando,
Acabóse mi blandura.
El rogarte fué locura.
Eres mi esclava; te mando.

MARÍA. ¡Oh!

OSMÁN. Te mando que en seguida
Me acompañes al harén.
De grado ó por fuerza, ven.

MARÍA. Prefiero perder la vida.

OSMÁN. Ven pronto.

MARÍA. ¿Emir, no te apiada
Mi infortunio?

OSMÁN. De él me río.

MARÍA. ¿Nada, musulmán bravío,
Llega á conmoverte?

OSMÁN. Nada.
Sólo salvar á tu hermano
Puedes siguiéndome al punto.
Si no, cuéntale difunto.
(Coje con la mano derecha á María por el brazo izquierdo.)
¡Al harén!
(María con un movimiento rápido saca con la mano derecha el alfanje de Osmán, y hiere á éste en el pecho.)

MARÍA. ¡Muere, tirano!
(Osmán cae muerto. Maria se inclina sobre el cadáver, le pone la mano sobre el corazón, y se incorpora.)
Murió.
(Recoje su manto, y tapa con éste el cadáver.)

UN GUERRERO DRUSO. (Dentro.)
¡Centinela alerta!

OTRO GUERRERO DRUSO. (Dentro. Más lejos.)
¡Alerta!

MARÍA. (De rodillas.)
¡Gracias, Señor!
¡Conservo limpio mi honor!
(Se levanta.)
Mas, ay!, me tengo por muerta.
El peligro me confuude;

Siento en los ojos un velo;
Y me parece que el suelo
Bajo mis plantas se hunde.
Me trastorna la ansiedad;
Cómo salvarme no sé.....
Mas no vacila mi fe,
No cede mi voluntad.
(Pausa.)
Ya la luz de la razón,
Serena vuelvo á sentir;
Tranquilamente latir
Percibo ya el corazón.
Y si es preciso un milagro
Para salvarme, confío
En que tú lo harás, Dios mío,
A quien el alma consagro.

ESCENA XII.

MARÍA, ZAIDE.

(María se acerca á la entrada de la tienda, y ve á Zaide. Éste se detiene un rato; y luego se acerca á la tienda.)

ZAIDE. La maronita doncella
Demasiado tiempo ocupa
A Osmán; y ya me preocupa
Que éste piense tanto en ella.

MARÍA. Se acerca un hombre.....Tal vez
Llegue hasta aquí.....¡Duro trance!

¡Ah, qué idea!....Juego el lance.....
Puedo ganar vida y prez.

(María coloca un cojín bajo la cabeza del cadáver de Osmán, dejando descubierta una parte de la misma cabeza; y se sienta en un taburete al lado del cadáver, tapando el alfanje con el manto.)

ZAIDE. Voy á ver qué hace el Emir;
Y si á Abel por fin condena
A sufrir la última pena.

(Zaide llega á la entrada de la tienda, y se asoma á ésta. María se lleva el dedo índice de la mano derecha á los labios, y con la mano izquierda señala el cadáver, como indicando con la acción que duerme Osmán, y que no le despierta Zaide.)

MARÍA. (Aparte.)
¡Valor!

ZAIDE. ¿Qué hace Osmán? ¡Dormir!
¡Vamos, conquistó á la hermosa!
Y ella está guardando el sueño
De su poderoso dueño.
Bien, yo velo si él reposa.

MARÍA. ¡Virgen santa!

ZAIDE. Pues me voy.

(Zaide se separa de la tienda. María tapa completamente con el manto el cadáver.)

MARÍA. Se aleja.

UN GUERRERO DRUSO. (Dentro.)
¡Tocad al arma!

¡Los maronitas!

ZAIDE. ¡Qué alarma!

(Se oyen tiros de fusil. María se levanta con el alfanje en la mano. Zaide da dos pasos hacia la tienda, y dice gritando las dos primeras palabras que siguen.)

ZAIDE. ¡Despierta, Osmán!

(Siguen sonando los tiros. Zaide se lleva una mano al costado izquierdo, en señal de haber recibido un balazo.)

ZAIDE. ¡Muerto soy!

(Va á caer entre bastidores.)

ESCENA XIII.

MARÍA.

(Durante esta escena suenan los tiros cada vez más lejos; y varios Guerreros Drusos entran y salen corriendo por el escenario.)

¡Esos tiros! ¡Esas voces!

(Se asoma á la entrada de la tienda.)

Es decisivo el momento.....
Asaltado el campamento,
Huyen los drusos feroces.

(Se adelanta hacia el proscenio en la tienda.)

No en vano con santa fe
Amparo al cielo pedí.....

Está Dios haciendo aquí
El milagro que esperé.
(Se dirige hacia la entrada de la tienda.)

ESCENA XIV.

MARÍA, SALVADOR, ABEL, FIDEL, FRAY PABLO, FÉLIX, VEREMUNDO, CONRADO, GUERREROS MARONITAS.

(Cesan los tiros. Salvador, Abel, Félix, Fidel, Veremundo y Conrado llevan los sables desnudos; y entran en la tienda al mismo tiempo que María se dirige hacia la entrada de aquélla. Algunos Guerreros Maronitas entran también en la tienda. De éstos, varios llevan antorchas, y otros banderas. Todos los Guerreros van armados con fusiles. María deja caer el alfanje en el suelo.)

SALVADOR. ¡Hija amada!
MARÍA. ¡Padre!
SALVADOR. ¡Ah!
(Se abrazan.)
MARÍA. (A Abel, ciñéndole con un brazo el cuello, sin desasirse de Salvador.)
¡Salvados ambos nos vemos!
FIDEL. Al Emir druso busquemos.
MARÍA. (Desasiéndose de Salvador y de Abel, y señalando el cadáver de Osmán.)
Su cadáver allí está.

SALVADOR. ¿Su cadáver?

MARÍA. Atentó
A mi honra Osmán; le quité
(Señalando el alfanje.)
El alfanje; y le maté.
A mis pies muerto cayó.

FRAY PABLO. ¡Es gran proeza!

SALVADOR. ¡Oh María!
¡Tan valiente como pura!
(La abraza; y se vuelve después hacia los Guerreros, señalando al cadáver.)
A ese cuerpo sepultura
Dése al punto.
(Dos Guerreros levantan el cadáver y se lo llevan.)

ABEL. (Tomando una mano á María, y mirándola cariñosamente.)
¡Hermana mía!

MARÍA. ¡Querido Abel!

FIDEL. (Señalando á María.)
Triunfalmente
Llevémosla á su mansión.

SALVADOR. (A María extendiendo las manos sobre la cabeza de ésta.)
Recibe mi bendición.

MARÍA. ¡Gracias, Dios omnipotente!
(Varios Guerreros Drusos levantan á María sentada sobre un taburete. Otros con las banderas y las antorchas se colocan cerca de ella. Uno de los Guerreros pone una bandera de modo que cubra los piés de María. Salvador y Abel quedan á la dere-

cha de aquélla. Fidel, Veremundo y Conrado, á la izquierda. Félix, también á la izquierda, en el proscenio.)

Félix. Monumento de mármol pentélico
Alcemos, cristianos, en este lugar;
Y con oro en el mármol consígnese
La acción prodigiosa, la hazaña triunfal.
Ensalcémoste, Gloria del Líbano,
Sublime doncella, segunda Judit,
Que mereces la frente castísima
Con sacros laureles por siempre ceñir.
Nos ofreces ejemplo magnífico
De santa pureza, de heróico valor.

Los Guerreros. ¡Viva, viva!

Félix. Tu fama eternícese,
Apláudate el mundo, bendígate Dios.

FIN DEL DRAMA.

NOTAS

Los que no son musulmanes.

(Acto Primero. Escena IV. Página 17.)

Confusas y hasta contradictorias son las noticias que dan los historiadores y los geógrafos relativamente á la religión de los drusos. Convienen en general aquéllos en que éstos creen que el Califa Fatimita Hakem fué la última encarnación de la Divinidad. Aseveran algunos escritores que el nombre de drusos viene de Durzi, acérrimo partidario de Hakem. El sabio geógrafo Balbi considera musulmanes á los drusos; y opina que pertenecen á la secta de los Ismaelianos. (Abrégé de Géographie par Adrien Balbi. Troisième edition. París. 1838. Page 72.)

Que vivis entre cedros y flores.

(Acto Primero. Escena VIII. Página 26.)

Aun cuando la Siria, según las relaciones de los viajeros de este siglo, es en su mayor parte, desde tiempo remoto, una tierra desolada y estéril, existe en el Líbano, á pocas leguas del pueblo de Edén, un secular y célebre bosque, conocido con el nombre de Bosque de Cedros. Hállanse estos cedros bajo la protección del Patriarca Maronita, quien anualmente, en el día de la Transfiguración del Señor, celebra el incruento sacrificio de la misa en un altar de cedro, colocado al pie de uno de esos árboles. El pueblo de Edén, por su belleza, es digno de su nombre. En él y en sus cercanías abundan las flores.

ERRATAS.

Páginas	Renglón	Dice	Debe decir
4	8	Fídel	Fidel.
18	22	una mesa	la mesa
19	24	hombre.	hombre
30	2	!Ojalá	¡Ojalá
32	22	Estos alrededores	aquestas cercanías
44	1	viose	vióse
59	5	Oriente	Oriente,
»	10	Egilona	Egilona,
60	20	cristiano	cristiano;
65	9	aquella	aquélla
»	27	uoche	noche
66	9	vigila	vigila.